

fesó que había venido á París con intención de matar al emperador. Y á continuación se decía que se habían practicado algunos registros en el barrio del Padre-Lachaise, en casa de un tal Roussel, ebanista, y que si bien aquel á quien se buscaba había huido, habíanse encontrado en su domicilio veintiuna bombas.

Faltaban ocho días para la votación, y al día siguiente, para completar la información, el *Journal officiel* habló de otras diligencias y de una amplia información que se estaba practicando. El día 4 de mayo, como para aumentar la emoción, publicóse un decreto convocando la sala de acusaciones del Alto Tribunal. A esto siguió una larga memoria del fiscal general Grandperret, que constituía un cuadro completo y minucioso de todos los manejos revolucionarios y parecía un relato hecho expresamente para la mayor edificación de los contemporáneos y para mayor comodidad de la historia: nada se omitía en ella, ni el tumultuoso entierro de Auteuil, ni el *brindis á la bala*, ni los disturbios que habían acompañado y seguido á la prisión de Rochefort; y después de los hechos generales, descendíase á los detalles, mencionando los conciliábulos, citándose frases atroces, enumerándose las suscripciones destinadas á comprar armas, y aludiéndose á nuevas substancias químicas que habían de precipitar las destrucciones. Todas estas intrigas, todos estos proyectos, decíase en aquel documento, habían sido descubiertos gracias á las indiscreciones de los cómplices y á las revelaciones de los denunciadores. Incluido en esta magistral exposición, el miserable propósito de Beaury parecía la ramificación de una vasta empresa en la que podrían perecer el Imperio y la sociedad. La publicación de aquella memoria resultaba hecha en momento tan oportuno, que aquella conspiración tan útil descubierta en ocasión tan propicia despertó cierto escepticismo. Y la verdad es que desde hacía un año se abrigan sinestros designios en los antros demagógicos y que desde este punto de vista la memoria del fiscal general no divulgaba nada que no estuviese probado; sin embargo, un arte ingenioso había agrupado los hechos, uniéndolos por medio de un enlace no siempre muy sólido, y había presentado como acuerdo universal entre los facciosos lo que no pasaban de tentativas, criminales sí, pero débiles y tontas; en esto se veía la mano del gobierno. No, la policía no había inventado el complot, pero ¿sería calumniarla decir que lo perfeccionó?

IV

El día 8 de mayo comenzó la votación. En el ardor de las disputas había desaparecido el objeto primitivo de la consulta nacional; nadie pensaba en el senado-consulta ni en las reformas liberales y la única cuestión era saber quién quería el robustecimiento y quién la destrucción del Imperio. Desde por la mañana una muchedumbre tranquila llenó los colegios electorales: eran los electores pacíficos que se apresuraban á cumplir su deber cívico antes de irse al campo á disfrutar del descanso del domingo. El día transcurrió sin incidentes, pero á cosa de las cinco formáronse algunos grupos y un aviso del prefecto de policía invitó á la población á que conservase la calma; á las seis principió el escrutinio que se realizó en medio de una ansiedad ligeramen-

te tumultuosa; y por la noche conociéronse los resultados de París y del departamento del Sena, que eran: 138.000 sí, 184.000 no, 83.000 abstenciones y 9 ó 10.000 votos nulos. Después fueron llegando los datos de Lyon, de Marsella, de Burdeos, de Tolosa y de Saint-Etienne, grandes ciudades en todas las cuales los no estaban en gran mayoría. En las Tullerías, en donde se esperaban las noticias, los primeros despachos causaron, según parece, una impresión profunda: la emperatriz estaba irritada, el príncipe imperial exasperado y los cortesanos no cesaban de prorrumpir en exclamaciones de indignación. Únicamente el emperador conservaba toda su calma, como hombre aguerrido contra las emociones demasiado precipitadas y como soberano confiado en el afecto de su pueblo. Más entrada la noche se recibieron los resultados generales de los departamentos que destruían las esperanzas de la oposición y que, si bien no era aún posible precisar las cifras, bastaban para disipar cualquier alarma.

El partido demagógico quiso celebrar la votación de París y protestar contra la defección del pueblo rural; así es que, como después de la votación de 1869, hubo durante tres días conatos de rebelión, que fué una nueva revista de las fuerzas revolucionarias, una nueva serie de escaramuzas, una especie de prefacio de un gran combate que los demagogos no se atrevían á librar. En el Chateau-d'Eau, en el arrabal del Temple, en Belleville, en la Villette, hubo grupos, tumultos, colisiones con los municipales y comienzos de barricadas; hubo también muchos gritos de «¡viva Rochefort!, ¡viva la República!», y sobre todo el de «¡viva la tropa de línea!» grito este último que era á la vez una esperanza y una manifestación de gratitud, pues en ciertos cuarteles, especialmente en el del Príncipe Eugenio, el número de los votos negativos había sobrepujado todas las previsiones.

Los diarios, entre tanto, multiplicaban sus ediciones á fin de aumentar su venta y al frente de sus columnas y en grandes caracteres estampaban toda clase de títulos sensacionales como habrían hecho en plena sublevación. Este procedimiento, que hoy es vulgar, era entonces nuevo; así es que muchos lectores de los departamentos, al recibir sus diarios, fueron víctimas de aquel engaño mercantil y creyeron á pie juntillas que los sucesos anunciados en letras tan gordas eran realmente sucesos muy trágicos. En el momento en que París recobraba su aspecto más tranquilo, la gente de provincias abrigó temores por la capital, siendo necesarios los reiterados avisos de la autoridad para devolver el sosiego á los ánimos.

Al cabo de algunos días se conocieron los resultados definitivos, que se descomponían en 7.358.786 votos afirmativos, 1.571.939 sufragios negativos, 1.894.681 abstenciones y 113.978 votos considerados como nulos (1). Napoleón III, á pesar de las intrigas de los partidos y á despecho de sus propias faltas, acababa de encontrar de nuevo la mayoría triunfante que lo había elevado al trono. El examen detallado de la votación sugería diversas observaciones. Las regiones del Norte, del Oeste y del Sudoeste habían aclamado el Imperio casi unánimemente; sólo desentonaban en este conjunto los departamentos del Sena Inferior, del Loira Infe-

(1) *Bulletin des Lois*, 1870, n.º 1813.

rior y del Gironda. En la región del Este, en los alrededores de París y en algunos departamentos del centro los esfuerzos de la oposición habían sido menos estériles y los sufragios negativos habían alcanzado en muchos puntos la proporción de 15 á 20 por 100. Pero donde con más fruto había trabajado el partido democrático era en el Sudeste, en el valle del Ródano: en los departamentos del Isere, del Drome, del Vaucluse, del Var y del Herault, los votos hostiles representaban de 25 á 40 por 100; y en las Bocas del Ródano la mayoría había sido contraria al plebiscito. Estas comarcas,

siendo de que el prestigio de la disciplina y la fidelidad al nombre de Napoleón evitarían toda disonancia. Además, varios cuerpos, muy estropeados por el contacto con la peor parte del elemento civil, habían llevado la oposición hasta el escándalo en París, Lyon, Estrasburgo, Metz y Saint-Etienne; en Tolosa, en uno de los batallones de los cazadores de á pie, los no estaban en mayoría. De aquí desengaños que encontramos reflejados en las cartas llenas de excusas, de lamentaciones y de confusión con que los generales y los oficiales desautorizaban los extravíos de sus soldados (2).



El duque de Gramont

como se ve, eran precisamente aquellas en donde habían estallado después del golpe de Estado las sublevaciones socialistas. De manera que Napoleón ni se había atraído con sus servicios á sus enemigos, ni había cansado á sus amigos con sus faltas. Argelia, el resultado de cuya votación había llegado con algún retraso, había votado, como el Sena y como las Bocas del Ródano, contra el Imperio; lo cual se explicaba, ora por ciertos agravios de la colonia contra la metrópoli, ora por el espíritu de la población civil, turbulenta, agriada y que en mucha parte sólo había encontrado penuria allí donde esperaba encontrar la fortuna. De todos los comentarios á que dió lugar el plebiscito, los más animados fueron los provocados por los votos militares. Ciertamente tan exageradas eran las lamentaciones de los amigos del Imperio como las esperanzas de sus adversarios, ya que mirado el ejército de mar y tierra en su conjunto resultaba en él la misma proporción de sufragios favorables ó contrarios que en el resto del país (1); pero los imperialistas habíanse hecho la ilu-

No hay manifestación electoral que los partidos no exploten en provecho propio; y el plebiscito de 8 de mayo corrió la misma suerte que todas las manifestaciones análogas. De todos los comentarios á que dió lugar se desprendieron tres interpretaciones. Los bonapartistas autoritarios decían que la nación, al aclamar nuevamente al Imperio, había querido renovar el pacto de 1852 y que el emperador podía, por consiguiente, edificar á su antojo sobre el terreno desembarazado de todos los elementos hostiles. Los revolucionarios, sin molestarse en hacer más amplios cálculos, dividieron la nación en dos partes: la de los ciudadanos ilustrados que vivían en las ciudades, y la de los aldeanos mal desbastados que vegetaban en el campo, representando éstos el número y aquéllos, en cambio, la inteligencia. Y puestos en este terreno, los demócratas completaban su razonamiento, ora con tranquilo aplomo, ora con el refuerzo de algunas declamaciones furibundas, y juzgando que los votos deben pesarse y no contarse, se mostraban tan satisfechos como si hubiesen alcanzado

(1) Votos del ejército de tierra: 254.749 sí, 41.748 no, y 2.997 votos nulos. Votos del ejército de mar: 23.895 sí, 6.009 no, y 506 votos nulos.

(2) Véase *Papiers des Tuileries*, tomo I, págs. 340-341. Véase también *Souvenirs du général Lebrun*, pág. 64. Véase asimismo la sesión del Cuerpo legislativo de 8 de junio de 1870.

la victoria. Había finalmente la interpretación de los centros liberales, que eran los únicos que se acordaban de la fórmula del plebiscito: según ellos, era preciso convenir, á menos de pretender que la respuesta no guardaba ninguna relación con la pregunta, que el pueblo había querido aclamar no sólo al emperador, sino al emperador liberal y reformador. Así hablaban Emilio Ollivier y sus amigos. Pero mientras los del centro derecho, después de haberse explicado en aquellos términos, juzgaban superfluo añadir algo más, los del centro izquierdo no se descuidaban de aguar las alegrías demasiado ruidosas y con un cuidado que por lo minucioso demostraba en ellos cierto placer al obrar de esta suerte, destilaban algunas gotas amargas en la copa del triunfador. A este efecto, se fijaban brevemente en el voto de las ciudades y en el de los militares; contaban los *si* interesados de los funcionarios, los *si* resignados de los monárquicos conservadores, los *si* rutinarios de los indiferentes, los *si* malhumorados de los parlamentarios, y después de hechas deducciones, ¿qué quedaba como materia de entusiasmo? De esta suerte se expresaban los Sres. Buffet, Daru y sus aliados, y no lo hacían por espíritu de crítica, sino por prudencia, pues convenía que el príncipe, después de haberse decidido á manejar el arma peligrosa del plebiscito, perdiese la afición de volver á esgrimirla nunca más.

Mientras á tales pensamientos se entregaban los partidos, los ministros se reponían de su triunfo como se repone el que ha vencido felizmente una crisis. Triunfaban, sí, pero con cierto temor de no ser ellos quienes recogiesen los frutos de la victoria. Había tres carteras vacantes, la del Sr. Buffet, la del Sr. Daru y la del señor de Talhouet que acababa de seguir el ejemplo de aquellos dos colegas. Uno de los cuidados más urgentes había de ser llenar estos huecos: el Sr. Segris pasó á Hacienda, siendo reemplazado en Instrucción pública por uno de los miembros más importantes del centro derecho, el Sr. Mege; el Sr. de Talhouet tuvo por sucesor en Obras públicas al Sr. Plichón, personaje íntegro, perspicaz, animoso, franco hasta la rudeza y muy grato á los católicos y á los proteccionistas, porque había desplegado tanto celo en defender el poder temporal como en combatir el tratado de comercio. La provisión de la cartera que había desempeñado el señor Daru ofreció mayores dificultades: el Sr. Ollivier pensó primeramente en conservar el ministerio de Negocios extranjeros que había empezado á desempeñar interinamente, pero luego mudó de parecer porque no se sentía preparado para ejercer cargo tan importante; por último fué designado un diplomático de carrera, el Sr. de Gramont, embajador en Viena, cuyo nombre será el único entre los de los nuevos ministros, que se recordará al través de los siglos.

El 21 de mayo el presidente del Cuerpo legislativo entregó solemnemente al emperador el acta del escrutinio, y á las felicitaciones que por el resultado del plebiscito le dirigieron contestó el soberano en términos elevados, conmovidos, elocuentes y moderados. Comenzó rindiendo homenaje al sufragio universal que, «aun renovándose sin cesar, conservaba una voluntad perseverante,» é hizo observar cómo se había desviado de su objeto primitivo el llamamiento al pueblo: «El plebiscito no tenía otro fin que la ratificación de una

reforma constitucional; pero en el apasionamiento de la lucha se ha dado á la contienda mayor vuelo. No lo sintamos: los adversarios de nuestras instituciones plantearon la cuestión entre la Revolución y el Imperio, y el pueblo la ha resuelto.» Con palabras muy formales negaba Napoleón toda idea de retroceso: «Mi gobierno no se apartará de la línea liberal que se ha trazado.» Y añadía magnánimamente: «Todos los derechos, todos los intereses serán protegidos, sin recordar para nada los votos disidentes ni los manejos hostiles.» Terminó el discurso exponiendo un magnífico programa de reformas y haciendo un elocuente llamamiento á todos los hombres de buena voluntad. Evidentemente el emperador, fortalecido con el consentimiento nacional, se confiaba á sí mismo y confiaba, sobre todo, á su hijo á la lealtad de todo el pueblo francés; y así como en las épocas más prósperas había tenido algunos desahogos de melancolía cual si hubiese dudado de la constancia de su fortuna, en vano se buscaría en aquel discurso de 1870 una sombra de inquietud, un asomo de sentimientos. «Más que nunca hemos de mirar sin temor el porvenir,» decía el monarca.

Los contemporáneos, que no veían las próximas perspectivas, acogieron aquellas palabras como prenda de una era propicia; y en realidad de verdad, el estado de los negocios permitía tener, si no una seguridad completa, por lo menos grandes esperanzas. En el exterior habíanse temido durante largo tiempo complicaciones, conflictos y acaso la guerra; pero estos temores se habían ido desvaneciendo en parte por su misma duración. En el interior, los ministros del 2 de enero no escuchaban ya aquellos impulsos de simpatía que les apoyaran á su advenimiento; pero á falta de una ardiente adhesión encontraban en el público un asentimiento general que debía bastarles para llenar su cometido. Además la buena voluntad del emperador les protegía contra las regresiones ofensivas del bonapartismo autoritario; porque aun cuando se ha pretendido que en aquel entonces pensó el soberano en recurrir nuevamente á sus antiguos servidores y hasta se ha hablado de una combinación cuyo principal instrumento habría sido el Sr. Haussmann (1), nada ha venido hasta el presente á confirmar tales afirmaciones. Seguramente el soberano no tenía una fe absoluta en la consolidación del régimen parlamentario y es indudable también que no había roto los lazos que le unían con los representantes del pasado régimen; pero, á juzgar por los testimonios más fidedignos, realizaba el experimento con entera lealtad. Seguros, á lo menos provisionalmente, contra sus enemigos de la derecha, Emilio Ollivier y sus colegas lo estaban aún más contra los de la izquierda, no debiendo temer nada de los republicanos revolucionarios que se desacreditaban por completo con sus excesos, ni de los republicanos moderados que, siguiendo el ejemplo de Picard, parecían casi dinásticos. Cierzo que entre estos dos grupos existía otro que, juntando á la vez la moderación y la violencia, aspiraba á dominar el partido disciplinándolo, grupo cuyo jefe parecía ser ya Gambetta, quien con una mezcla de impudente audacia y de lógica previsora proclamaba la República

(1) Véase en particular *Mémoires de M. le baron Haussmann*, tomo II, pág. 565.

como presunta heredera del Imperio; pero esta suposición se consideraba tan inaudita que causaba mayor sorpresa que cólera.

Repuestos de las agitaciones del plebiscito, los consejeros del emperador volvieron á ocuparse de su programa de reformas. El Cuerpo legislativo votó una ley de imprenta y otra sobre los consejos generales. Entonces fué cuando el Sr. Guizot, en nombre de la comisión extraparlamentaria que presidía, presentó su proyecto sobre la libertad de la enseñanza superior; y en la misma época la comisión de descentralización terminó sus trabajos sobre los consejos electivos del departamento, del cantón y del municipio. Emilio Ollivier, que era jurista y filósofo, tenía empeño en llevar el espíritu innovador tanto como á las leyes políticas á las civiles; así es que se estudiaron proposiciones de toda clase para modificar ciertas partes de la legislación en materia de sucesiones, para reglamentar el trabajo de los niños en las fábricas, para refundir el Código de procedimiento civil y para reformar el Código de instrucción criminal, proyectos inmensos, pero que se acogían con entusiasmo lleno de confianza, como si los que habían de ocuparse de ellos tuvieran la seguridad de disponer de tiempo sobrado.

Así transcurrió el mes de junio de 1870, que fué uno de los meses más tranquilos del segundo imperio, pues

no surgió en él ningún incidente político, aparte de un nuevo proceso incoado contra la *Internacional*. Los católicos tenían puesta toda su atención en el Concilio y los comerciantes y los industriales en una información acerca de los efectos de los tratados de comercio; y en cuanto á los aldeanos, su principal preocupación era una sequía que quemaba los forrajes y comprometía las cosechas. Otro motivo de alarma tenía su origen en una epidemia de viruela que se prolongaba con traidora pertinacia y ocasionaba numerosas víctimas. A fines de junio púsose en la orden del día del Cuerpo legislativo la ley del contingente, debate que generalmente daba pretexto para hablar de política exterior. Emilio Ollivier subió á la tribuna y contestando á Julio Favre declaró que el gobierno no abrigaba la menor inquietud: «Mírese hacia donde se quiera, añadió, y no se verá planteada ninguna cuestión irritante; en ninguna época ha estado más segura que ahora la conservación de la paz.»

¡Hasta dónde llega la vanidad de las previsiones humanas! Debajo de aquellas tranquilas apariencias se desarrollaba la más terrible de las intrigas: el día 30 de junio Emilio Ollivier pronunciaba en el Palacio Borbón las palabras que acabamos de citar; tres días después había de estallar la fatal noticia que encendería la guerra entre Francia y Prusia.